

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 55, 1-11): *Vuestros caminos no son mis caminos.*

Salmo (Is, 12, 2-3.4b-6): *«Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación»*

2ª lectura (1ª Juan 5, 1-9): *Todo el que cree que Jesús es Cristo ha nacido de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 6b-11): *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.*

Como si de una puesta de largo se tratase, o de una presentación en la sociedad, el relato del Bautismo de Jesús narra la llegada de aquel a quien Juan el Bautista anunciaba como alguien más poderoso que él y al que no se consideraba digno de agacharse para desatar las correas de sus sandalias.

Podemos imaginarnos la escena de Juan que predica la cercanía del Mesías, del que viene detrás de él. Para ello Él invita a las gentes a abandonar su propia instalación y acudir al desierto a recibir el agua de la purificación, el bautismo de penitencia.

Esta conversión de los pecados, el abandono de una posición corrupta, e incluso una vida más solidaria, constituían una verdadera preparación para la llegada inminente del Mesías que debería juzgar a buenos y malos. La libertad con que Juan predica esta nueva visión de la existencia no le permitía estar cerca de los poderosos y por eso se va más allá del desierto, al otro lado del Jordán.

Entre aquellos seguidores de Juan aparece un día el propio Jesús, que comparte con el Bautista una visión nueva de la existencia, una necesidad de renovar la sociedad y purificar la humanidad con un auténtico bautismo que no se limitase a un mero rito. Jesús de Nazaret quiere testimoniar que el bautismo de Juan sirve para acercarnos al Mesías esperado, y lo hace acercándose personalmente a recibir ese bautismo. Jesús se acerca como un seguidor más, como alguien que aprueba y se siente identificado con la necesidad de conversión que predica Juan.

Una parte no pequeña de los ciudadanos de España está bautizada en la fe católica. Las razones que llevan a una buena parte de los padres a bautizar a sus hijos son de tipo sociológico o de tipo mágico (para que no le ocurra al niño nada malo). No faltan quienes quieren dar a sus hijos el don que ellos recibieron en su día. A modo de consideración, he preferido acercarme al Bautismo de Jesús buscando no tanto por qué se bautiza o para qué se bautiza, sino qué sucede en Jesús cuando se acerca a ser bautizado por Juan.

Por el evangelista san Lucas sabemos que Jesús tenía por costumbre acudir los sábados a la sinagoga donde se leía y comentaba la Palabra de Dios, por lo que podemos inferir que Él estaba, hasta entonces, abierto a la Palabra de Dios. Situación que no es ajena a muchos de nosotros, creyentes y bautizados, cuando crecemos e intentamos hacer nuestro el sentido de nuestro bautismo que, probablemente, fue de niños.

Resulta difícil calibrar ese relato que nos presenta al Hijo de Dios poniéndose en la fila de los que se confesaban pecadores y necesitados de conversión. El Espíritu nos revela entonces el misterio de esa persona que une la grandeza del Hijo de Dios con la condición necesitada del hombre Jesús, que se acerca a recibir el bautismo de conversión. La paloma que baja del cielo, y se posa sobre su cabeza trae el mensaje que le declara "*Hijo amado y predilecto de Dios*".

La voz del cielo, al decir: *«Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco»*, es voz de un Padre que, sin duda, procede de Dios Padre. Como he señalado más arriba, hasta ahora Jesús estaba abierto a la Palabra de Dios, pero, a partir de que escucha "*Tú eres mi Hijo amado*", ya no solo está abierto a la Palabra de Dios, sino que sabe a Quién pertenece. Este sentido de amor y de pertenencia es propio de los hijos hacia los padres, siempre que los hijos se sienten amados y promocionados como seres humanos por ellos.

Lo que había sido un hecho sorprendente, que rompía esquemas de comportamientos farisaicos sobre la llegada del Mesías, se nos presenta como una teofanía iluminada desde la nueva luz que resultó ser para las primeras comunidades cristianas la Resurrección y la irrupción del Espíritu en Pentecostés. El Jordán se convierte así en la puerta de entrada solemne y pública de Jesús, el hijo de María de Nazaret como Hijo de Dios.

A partir de este momento, Jesús toma las riendas de su vida, cumpliendo lo anunciado por los Profetas. Dios Padre le descubre y revela su identidad: es el Hijo y Dios para Él será el *«Abbá»*. En adelante sabrá para qué ha nacido, y para qué ha estado 30 años en vida oculta en Nazaret. En el mismo momento en que se le revela la identidad de Hijo del Padre, asume que ya su vida no le pertenece y que entra en la obediencia de amor a su Padre. A partir de ahora hará lo que el Padre le diga o pida. Él está ya bajo el señorío de Dios. Y, aunque la liturgia no nos ofrece hoy las tentaciones de Jesús en el desierto, a partir de ellas Jesús sabrá bajo qué poder está el mundo; cuáles son las mentiras en las que vive Israel y cuáles son las tentaciones más graves de aquellos que se dicen de Dios.

Nuestra fe consiste en creer que Jesús es el Hijo de Dios, el hijo predilecto del Padre que está en los cielos. Por la fe en Jesús nosotros participamos de esa filiación divina. Descubrir que somos hijos de Dios es algo que dignifica nuestra existencia. Pidamos a Dios que, al recordar nuestro propio Bautismo, nos ayude a descubrir con fidelidad, el don inestimable de ser hijos de Dios, de ser amados y de vivir el amor como sentido de nuestra vida.